

como había subido, manifestando las dos que estaban tan prontas para ir como para quedarse; desasimiento tanto más admirable, cuanto que nunca se oyó ni á una ni á otra hacer la menor alusión á este hecho. Una persona dijo á la Hermana Bernarda Margarita, que sentía mucho no hubiese ido á este grande y magnífico viaje; pero ella contestó que el Padre de familias tiene muchos criados á sus órdenes, y á uno dice: «Ve, y va; y al otro: Ven, y viene» (1).

Desde Annecy fué la santa Madre de Chantal á San Claudio, en donde recibió grandes consuelos, volviendo á ver los lugares, testigos hacía tantos años de la primera revelación de los designios de Dios sobre ella. Muchas señoras de distinción fueron á visitarla, y los Sres. Canónigos abrieron el relicario de San Claudio para que venerase sus preciosos restos.

Salió de San Claudio y se dirigió hacia Salins por caminos tan escabrosos, que estuvo muchas veces á punto de perecer. Habiendo entrado en una senda muy áspera, se encontró al borde de un precipicio, en cuyo fondo rugía un torrente. Quiso bajarse de la mula, pero habiendo gritado el guía que siguiese adelante, «vamos—dijo,—en nombre de Dios; estamos en manos de la Providencia,» y picó á su mula para que avanzase. Desgraciadamente, la mula, al esforzarse dió un mal paso, sus pies se escurrieron, y las Hermanas dieron un grito de espanto. La Santa, sin conmoverse, hizo la señal de la cruz y se abandonó á Dios. En el mismo instante, la mula se rehizo por sí sola y salió del peligro. El muletero asombrado, exclamó: «Si Dios no hubiese hecho un milagro para salvar á la Madre, estábamos perdidos sin remedio (2).»

Dos días después llegó á Salins, adonde la señora de Chateau-Rouleau-d'Andelot y otras muchas señoras

(1) *Fundación inédita de Pont-à-Mousson*, pág. 256.

(2) *Idem*, id., id.

piadosas fueron á recibirla y edificarse con su conversación. Cuando se marcharon, la buena señora de Chateau-Rouleau, que era una venerable viuda de edad muy avanzada y muy santa, se puso de rodillas delante de la Madre de Chantal para recibir su bendición, y ésta se arrodilló también para recibir la suya. «Estas dos grandes siervas de Dios estuvieron largo tiempo en esta lucha de humildad, y se levantaron sin haberse podido decidir á bendecirse una á otra, sino con deseos recíprocos y propios de su santo y cordial afecto. (1).»

A dos ó tres leguas de Salins encontraron las Hermanas un coche que les enviaba la señora de Haraucourt, la fundadora, y entrando en él llegaron pronto á Besanzón. No puede explicarse el gozo con que la Madre de Chantal fué recibida en esta ciudad. Los Canónigos y casi todos los eclesiásticos de las parroquias fueron á visitarlas. Las comunidades claustradas le enviaron sus capellanes. Los señores, los magistrados, las señoras de distinción, se sucedían sin interrupción con el afán de verla. Por el día había dos salas grandes constantemente llenas de gente, que ambicionaba la felicidad de hablarle, y se reemplazaba sucesivamente, diciendo: «Para que todos puedan ver á la Santa, es menester no estar mucho tiempo con ella. (2).» Cuando salía para oír Misa, un gran gentío se acercaba para tocar su ropa y cortarle sus hábitos, «y le costaba mucho trabajo impedirlo (3).» En todas partes, en las calles y en la casa, estaba en perpetua disputa con motivo de su bendición, que todo el mundo quería recibir, y que rehusaba á todos. «Por amor de Dios, Hermanas mías—decía á sus religiosas,—salgamos de aquí: este pueblo se engaña y no sabe quién soy (4).»

(1) *Fundación inédita de Pont-à-Mousson*, pág. 257.

(2) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 200.

(3) *Fundación inédita de Pont-à-Mousson*, pág. 257.

(4) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 200.

Al llegar á Besanzón, la Madre de Chantal aceptó el alojamiento en casa de la señora de la Tour. Los Príncipes de Cantecroix, que hubieran querido tenerla en su palacio, la rogaron que á lo menos fuese á oír Misa en su capilla, y en efecto, fué al otro día. Se la habían preparado grandes alfombras y ricos almohadones: pero no quiso servirse de ellos. «Señora—dijo á la Princesa,—no me mandéis, os ruego, que me arrodille en este reclinitorio, porque estaría muy incómoda; una religiosa tiene siempre su reclinitorio preparado en todas partes, porque es la tierra, que es el almohadón de que se sirvió Nuestro Señor en el jardín de las Olivas.» Habiendo dicho esto, se arrodilló en el suelo en medio de las ocho religiosas que la acompañaban, y todas juntas rezaron el Oficio con todas las ceremonias acostumbradas, como si estuviesen en la capilla de la clausura en un convento. El Príncipe de Cantecroix estaba entusiasmado. «Le parecía ver los nueve coros de los ángeles en su capilla, personificados en estas nueve religiosas. La Madre de Chantal estaba como un verdadero serafín, y salía de su rostro un fuego celestial (1).» Después de la Misa los Príncipes de Cantecroix le rogaron viese su palacio, que era magnífico, pero se negó á ello absolutamente, diciendo con gracia y talento que nada podía ver en su admirable palacio, que igualase á lo que veía en sus personas. Entró, no obstante, en él un momento después, porque le dijeron que una criada enferma deseaba hablarle, y todo el mundo se admiró de que concediese á una doncella lo que había negado á los Príncipes, y el pueblo gritaba por las calles diciendo era una verdadera Santa (2).

Mientras tanto, los señores Canónigos se habían juntado en cabildo, y habían acordado hacer á la venera-

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 200.

(2) *Fundación inédita de Besanzón*, pág. 371.

ble Madre de Chantal un favor que no se hace ordinariamente sino á los Reyes; á saber, enseñarla el santo Sudario en que Nuestro Señor fué envuelto para colocarle en el sepulcro. Recibió esta gracia con una humildad y un fervor admirables, venerándole, besándole mil veces y regándole con sus lágrimas en los lugares marcados con las llagas sagradas de los pies y las manos (1).

En Besanzón, la Madre de Chantal tuvo otro consuelo, porque encontró á una criada, á la cual todo el mundo despreciaba y tenía por loca, pero á quien la Santa conocía y amaba mucho, y de quien Dios se iba á servir para fundar un monasterio de la Visitación, á pesar de los Príncipes y de los Parlamentos. Esta humilde joven se llamaba Magdalena Adelaine. Hacía más de diez años que Dios la había revelado este designio, y durante tres noches consecutivas se le había mostrado un Crucifijo muy sangriento, para hacerle comprender que le era necesario abrazar la cruz para cumplir la obra que exigía de ella. Había comunicado todo esto con su confesor, y éste no le había dado oídos, diciéndole que ¿cómo se atrevía una criatura tan pobre é inútil á pensar en una obra tan grande, que ni aun los mayores señores del país se atrevían á emprender? Entonces se decidió, pero en vano, á renunciar á su idea: se dirigió sucesivamente á muchos santos y doctos sacerdotes, pensó en ser Carmelita, se consagró al servicio de los pobres, á la educación de los niños, y siempre inquieta, llena de angustias por no saber lo que Dios quería de ella, vino á pedir á San Francisco de Sales, que aun vivía, que le recibiese en el convento de Annecy, en el año de 1620. «No, Hermana mía Magdalena, querida hija mía—le dijo con seriedad el Santo Prelado,—en vuestro país habrá, Dios mediante, religiosas nuestras, y allí seréis una de ellas.—Pero, Señor—respondió,—si

(1) *Fundación inédita de Besanzón*, pág. 374.

es imposible; el Sr. Duloreis quiere llevar las religiosas de la Orden Tercera; otros, las de la Anunciación, y nadie piensa en la Visitación.—Bueno—dijo el Santo,—dejad que el Sr. Duloreis procure llevar á las buenas Hermanas Terceras, y vos, querida hija, con la ayuda de Dios, procurad por nuestras Hermanas, y un día seréis una de ellas.» Volvió, pues, á Besanzón llena de nuevo y más vivo celo; pero tropezó con insuperables obstáculos. Unos le aseguraban que Dios no pedía de ella una cosa semejante, y que para tales empresas se necesitaban personas de posición. Otros le decían que ofendía á Dios, y que con sus temerarias diligencias haría daño á las Madres de la Anunciación y á las Terceras. Todos la llenaban de injurias y la hacían pasar por loca. En estas circunstancias supo que la Madre de Chantal estaba en Dijón (era en 1622), y fué á verla y contarle su historia. «¡Oh querida hija mía!—la respondió la Santa;—¿qué habéis hecho á Dios para que os haya escogido para cosa tan importante? ¡Oh y cuán feliz sois! Confesad humildemente que estáis loca, pero con la locura de la cruz. Seguid vuestra empresa con celo, y á los que os hablen mal de nosotras, decidles que somos las más pequeñas y últimas siervas de Dios; que en todo cedemos á las demás, menos en el amor de la humildad y de nuestra pequeñez y bajeza. Si os dicen que hemos recibido arrepentidas (era una acusación con la cual se trataba de denigrar al Instituto), responded que no sabéis, como verdaderamente así es, pero que la Santísima Virgen jamás despreció á la Magdalena desde que de pecadora se convirtió en amante, y que creéis que por algún digno motivo imitaríamos á la Madre de Dios, como hijas suyas que somos. Cuando os hablen de vuestra clase, de vuestro poco crédito y falta de recursos, humillaos y pedid rueguen á Dios os conceda hacer su voluntad, y que con esto seréis bastante grande. Confíad en Dios, y ya veréis cómo susci-

ta algún siervo suyo que os ayude en tan santa empresa.» Estas palabras aumentaron el valor de Magdalena, y de vuelta á Besanzón principió á dar pasos más activos; presentó un memorial á los señores regidores de la ciudad para la fundación de un monasterio de la Visitación, y aun escribió una súplica á sus Majestades Imperiales. La tempestad que se había ido preparando estalló entonces. ¿Qué más pruebas—decían—de que Magdalena está loca, que el empezar á manifestar su orgullo en público? Se la esperaba en las calles para silbarla en cuanto se la veía. Se la llamaba insensata, temeraria y orgullosa; iban al confesor para quejarse de ella, y éste la reprendía agriamente, exigiendo al fin renunciase á su proyecto, bajo pena de no oírla en confesión. Así estaba hecha la irrisión de todo el mundo, zumbada, echada por su confesor, y sin encontrar quien quisiera absolverla, cuando llegó la Madre de Chantal, y con una sola palabra disipó toda la tempestad. Magdalena Adelaine fué á echarse á sus pies, y le trajo de sesenta á ochenta jóvenes que aspiraban á entrar en la Visitación. La bondadosa Santa se echó á reír graciosamente, viéndose sitiada por este pequeño ejército, y las exhortó vivamente al amor de Dios. Después las hizo colocar á todas alrededor de una gran sala, para decir á cada una en particular una palabrita de cariño que las animase; y penetrando después con luz divina en el fondo de los corazones, y habiendo mirado con atención á estas jóvenes, una después de otra, designó veinticuatro, á las cuales dijo serían las primeras recibidas; luego otras doce, á quienes previno tendrían que esperar un poco tiempo, pero que serían recibidas después; y es cosa admirable el que todas las que la Santa escogió de este modo hicieron su profesión, y en el mismo orden que las anunció. De las otras cuarenta nada dijo la Madre de Chantal, pero en este número había una que manifestaba en alta voz su fervor, y decía es-

tar pronta á entrar; no temiendo nada más que á sus padres. «Hija mía—la dijo la Santa,—á vos misma es á á quien debéis temer.» Y prosiguiendo esta joven en protestar enérgicamente su vocación, «mirad—dijo la Madre de Chantal,—cuando encuentro jóvenes que se creen tan firmes, me temo mucho sean muy débiles.» Los acontecimientos justificaron estas proféticas palabras; aquélla volvió su corazón á las cosas del mundo, y se casó poco tiempo después (1).

Esta pequeña reunión de jóvenes hizo mucho ruido. Los que estaban en contra del establecimiento, temiendo que la Madre de Chantal se aprovechase del entusiasmo del pueblo para fundar un monasterio en Besanzón, fueron á buscar al Ilmo. Sr. Arzobispo para indisponerle con la Santa; y en efecto, uno de los capellanes de éste fué á visitarla y la hizo una larga arenga para persuadirla á que no se estableciese en Besanzón, alegando mil y mil razones para justificar esta negativa. La Madre de Chantal le escuchó hasta que concluyó, y luego le rogó dijese al Ilmo. Sr. Arzobispo, que tenía bastante respeto y sumisión á los venerables Prelados para emprender nada en su diócesis sin su permiso; que á la verdad le daba mucha lástima ver todas aquellas jóvenes de buena voluntad, que deseaban consagrarse á Dios, y que le suplicaba considerase en la presencia del Señor la necesidad de estas buenas almas: concluyendo con enviarle el libro de las epístolas de San Francisco de Sales.

Al otro día salió de Besanzón, y al abrazar á la buena Magdalena le dijo: «Seguid poquito á poco; temo que os cansen las dificultades y la dilación que esta empresa traerá consigo.» Y diciendo la Hermana Magdalena que nada sería capaz de desanimarla: «Hija mía — la

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 198, completándolas con la *Fundación inédita de Besanzón*, pág. 374.

respondió,—es menester que os diga que Dios me da cierto presentimiento de que quiere ser muy servido y muy amado en este pueblo de las Hijas de la Visitación, y así es menester no cansarse. Dejad humildemente que pasen antes las Terceras; esto es muy justo, pero no desistáis por esto, porque Dios bendecirá y coronará vuestra perseverancia.» Todo sucedió como la Madre de Chantal lo había dicho; y á pesar de inmensos obstáculos, que no pudieron desalentar ni cansar la paciencia de la Hermana Magdalena, pasados cinco años de pasos penosos y humillantes, se hizo la fundación con gran gloria de Dios, y provecho y salvación de las almas (1).

Desde Besanzón se fué la Madre de Chantal á Haraucourt, en donde la señora de Haraucourt, fundadora del monasterio de Pont-á-Mousson, la esperaba, habiendo reunido á toda su familia para obsequiarla. Apenas pasó la Santa el umbral de la casa, cuando conoció que la paz y la caridad no habitaba en ella; y habiendo sabido que la señora de Haraucourt y su yerno el Sr. de Ville estaban en pleito, los reconcilió con tan feliz éxito, que siempre vivieron después perfectamente unidos. El joven Sr. de Ville cobró tal afecto á la Santa, que consiguió le llamase su hijo; él mismo llevó á las Hermanas en sus coches á Nancy y á Pont-á-Mousson, y mientras vivió las colmó de bienes.

Así que la Madre de Chantal llegó á Nancy, la Princesa de Salzbouurg, hermana de Su Alteza el Duque de Lorena, vino á visitarla con grandes muestras de alegría y de veneración, y poco después vinieron también la Duquesa de Lorena y la Princesa Claudia, diciendo que se tenían por muy dichosas de ver á tan gran sierva de Dios, y asegurándole que emplearían todo su valimiento en proteger las casas del Instituto.

(1) *Fundación inédita de Besanzón*, pág. 374.

Monseñor de Lenoncourt, Primado de Lorena, fué también á visitarla el mismo día, acompañado de muchos eclesiásticos. Por último, Su Alteza el Duque de Lorena, Carlos IV, la envió un recado diciéndole estuviere segura que la consideraría y miraría con el respeto que tendría á su madre. No se hablaba en la corte ni en la ciudad sino de la Santa, «y con mucha justicia — decía Carlos IV, — porque verdaderamente es la Santa de nuestro siglo (1).»

Por más que la Madre de Chantal aborreciera los honores del mundo, le fué imposible dejar de ir al palacio de los Duques de Lorena. Fué recibida por el Príncipe y su esposa con las mayores muestras de veneración. Toda la nobleza de la ciudad y de la provincia se había reunido y llenaba los salones de palacio, con el ansia de ver á esta mujer admirable, que joven aún, poseyendo un nombre distinguido y grandes bienes de fortuna, había dado al mundo tan grandes ejemplos de generosidad, y sostenía con mano tan firme la carga pesadísima de una Orden naciente. La Madre de Chantal se retiraba después de un rato de conversación con sus Altezas, cuando de repente, entre el grupo de las damas de honor y camaristas, se fijaron sus miradas en una de éstas, que parecía tener unos veinte años. La modestia y la belleza de esta joven conmovieron su corazón, y acercándose á ella le dijo sonriéndose: «Hija mía, si encontráis un esposo mejor que Jesucristo, os aconsejo que le toméis.» En este momento, y desde un año antes, andaba fluctuando esta joven entre el deseo de quedarse en el mundo, que le agradaba, y el deseo de entrar en el claustro, que le daba miedo. Las palabras de la Madre de Chantal fueron para ella una revelación de la voluntad de Dios, y algunos meses después

---

(1) *Fundación inédita de Font-à-Mousson*, pág. 257.—*Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 201.

se supo en la corte que la señorita de Auvaines, camarista de la Duquesa de Vaudemont, tomaba el hábito de la Visitación. El Duque y la Duquesa con toda su corte asistieron á la ceremonia (1).

Precedida del ruido consiguiente á estos triunfos, llegó la Madre de Chantal á Pont-à-Mousson, y se estableció con las formalidades ordinarias el monasterio de la Visitación. Su eminencia el Cardenal de Lorena presidió la ceremonia, á la que asistió toda la nobleza de los alrededores y una multitud inmensa de pueblo.

Un consuelo más grande esperaba á la Madre de Chantal en Pont-à-Mousson. Conoció allí á un santo sacerdote, que ocupado en los más importantes negocios de su tiempo, consejero de los Reyes, fundador de una Orden religiosa, y reformador de otra, hubiera podido elevarse á los más altos honores; pero devorado de la sed de humillaciones, vivía escondido en el presbiterio de una pobre aldea, desasido de todo, mortificado, más pobre que el más miserable de sus feligreses, y mostrando, como sucede siempre, bajo un rostro demacrado por la penitencia, una hermosura divina, cuya memoria vive aún en Lorena. La Madre de Chantal recibió la más viva impresión al ver á este excelente sacerdote. «Ved—decía,—con sólo mirar al buen Padre Fourrier se conocería perfectamente que es un santo, aunque no se supiese que lo era.» Estas dos grandes almas se vieron muchas veces, y se excitaron fervorosa y recíprocamente á progresar en la perfección.

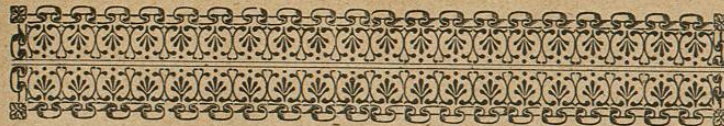
La santa Madre permaneció casi cuatro meses en Pont-à-Mousson, hizo se principiase á edificar el monasterio, recibió muchas pretendientes, dejó por Superiora á la Hermana Paula Jerónima Favrot, y concluidos los más importantes negocios, se apresuró á partir para sustraerse á los honores y veneración que la ro-

---

(1) *Vidas de algunas superiores*, Annecy, 1689, un vol. en 4.º, pág. 403.

deaban. Declaró después que nunca había sentido más alegría que cuando salió de Pont-à-Mousson, Nancy y Besanzón, «en cuyas ciudades—decía—no la conocían, y se engañaban en la opinión que de ella tenían.»

No sabía lo que la esperaba á su vuelta al centro y Mediodía de la Francia. Iba á obtener allí mayores aplausos, más honores, una veneración más profunda y aun más entusiasta. Todavía veremos á la Madre de Chantal, durante algunos años, sufrir con estos honores, llorar cuando le cortan los hábitos, salir apresuradamente de los lugares en que la aclaman y llevan en triunfo, diciendo como en Besanzón: «Salgamos, salgamos de aquí; estas gentes se engañan completamente.» Después, y á medida que adelante en edad, humildad y santidad, cuando haya llegado al último grado de la muerte de sí misma, la veremos no advertir estos honores, abandonar sus manos á los que quieran besárselas, sin rechazarlos ni pensar que se trataba de ella, del mismo modo que cuando San Francisco de Asís principiaba á recorrer el mundo, y que sus llagas se veían en sus manos y en sus piés, atrayendo hacia él un inmenso gentío, el Santo escondía vergonzosamente sus manos, y si le cortaban el hábito ó su cordón, las lágrimas se agolpaban á sus ojos, y se le oía decir sollozando: «Estas gentes están locas honrando así á un pecador.» Pero después, al fin de su vida, él mismo tendía sus manos agujereadas á los peregrinos, y como se admirase de esto un hermano joven, le dijo: «¿Pues qué, hermano mío, creéis que estas buenas gentes piensan en mí?» La mirada del amor propio se había apagado en él.



## CAPÍTULO XXIV

Viaje de la Madre de Chantal á Orleans y á París.—Admirables virtudes que florecían en la Visitación en sus primeros tiempos.

1626—1630

Los tres años de Superioridad de la santa Madre de Chantal en Annecy habían concluído. Elegida, ó más bien reelegida en 27 de Mayo de 1623, su poder expiraba el día de la Ascensión de 1626. Como estaba entonces muy ocupada en la fundación de Pont-à-Mousson, y le era imposible estar en Annecy en la época de la elección, envió á las Hermanas su renuncia, fechada desde Pont-à-Mousson, con una carta en que las recordaba su voluntad decidida de someterse enteramente á las reglas, y en consecuencia, no admitir su reelección. Las Hermanas, que en 1623 habían hecho la experiencia de su firmeza, comprendieron era inútil insistir, y admirando su humildad, sintiendo quedarse sin su gobierno, aceptaron su renuncia, y eligieron en su lugar á la Madre de Chatel. En cuanto las Hermanas de Orleans supieron que su santa Fundadora no era ya Superiora de Annecy, se apresuraron á elegirla Superiora de su propia comunidad, y le escribieron suplicándole fuese cuanto antes á Orleans. Desgraciadamente para estas Hermanas, San Francisco de Sales había dejado mandado que la Madre de Chantal no se encargase